

# CRISIS MUNDIAL

**L**A situación internacional está crispada en torno al Vietnam. La gradación de la presión norteamericana (escalada) ha llegado a un punto en el que juegan ciertos resortes de respuesta de tipo político que convierten la guerra lejana en una crisis mundial. Como en todas las crisis mundiales posteriores a la bomba atómica —Suez, Bagdad, Cuba—, se registra una fuerte tensión de retroceso en las opiniones públicas mundiales, sobre todo en las capitales que se sienten, de una manera o de otra, implicadas en una posible ampliación del conflicto. Esta tensión se ejerce sobre los gobiernos respectivos. De Gaulle, hablando en una ocasión muy especial —su recepción al Rey de Laos, país «cuya integridad, unidad y medios de existencia están en juego»—, ha definido, con palabra mucho más precisa de la que acostumbra, la calidad del temor que afecta hoy a todos: «A la hora actual, las poblaciones vietnamitas del Norte y del Sur están siendo aplastadas de una forma que va en aumento cada día y que no puede dar más resultados que pérdidas, ruinas y odios acumulados en aquellos lugares, a menos que la lucha se amplíe, franquee otras fronteras y tome un carácter mundial». La primera frontera que puede franquear ahora la guerra, el próximo paso en la escalada —inevitable si no se consigue antes la paz por cualquier medio—, es la de China. No parece que quede ningún escalón intermedio. Sobre el Vietnam del Norte caben escaramuzas nuevas represalias, si no son el bombardeo masivo de las poblaciones civiles. La bomba atómica localizada en el Vietnam del Norte tendría, parece, poco interés militar, aunque pudiera tener grandes efectos políticos. Vietnam del Norte se ha convertido ya, a partir del primer bombardeo sobre Hanoi, en un país guerrillero, capaz de resistir el ataque y proseguir la guerra por otros medios. Madame Tabouis describe en «Paris Jour» (11 de julio) la aplicación por parte de Hanoi de un plan previsto desde hacía tiempo para hacer frente a los bombardeos de Estados Unidos: «Una dispersión a través del país de "unidades de población", más o menos importantes, capaces de vivir y sobre todo de producir, o sea, de recoger las cosechas y hacer funcionar una pequeña industria alimentada en energía por millares de pequeños generadores de electricidad capaces de funcionar con cualquier fuente: carbón, aceite pesado, torrentes de agua». Una organización militar paralela a esta organización civil, a base de dispersión de efectivos «tiene la decisión de resistir durante años, si es preciso, la nueva forma americana de la guerra». Es decir, un plan enteramente guerrillero, que es la forma de combate adoptada en Asia desde hace años por los comunistas, con los resultados que se conocen. La base de esta forma de guerra ha sido anunciada hace años por Mao Sé Tung y por todos los teóricos asiáticos: forzar a Estados Unidos a la «guerra a pie», a la guerra de infantería, con todos los inconvenientes de la lejanía, el desconocimiento del terreno —un terreno particularmente difícil—, las dificultades militares de articulación de columnas y los problemas de «moral de tropas», que plantea la utilización de quintas del servicio militar obligatorio sin un claro objetivo de defensa nacional. Desde Saigón —gobierno Ky— se ha apuntado ya la necesidad de efectuar desembarcos en el Norte. El Pentágono sabe a qué peligros se expone con ello y prefiere continuar, por ahora, con su mecanización de la escalada.

**T**ODO, por lo tanto, apunta ahora a China. El último discurso de Johnson (12 de julio) reviste unas características de la acción americana que son conocidas ya desde las elecciones italianas de la posguerra, en las que se temía un triunfo comunista (1946): el dólar o la guerra. Estas advertencias han tenido siempre un carácter de ultimátum. Ahora se la hace a China

La invita a salir de su aislamiento, a ingresar en la ONU —al lado de «la otra China», de «la que reside en Formosa con Chiang Kai Chek»—, a entrar en la línea de la coexistencia: «Una China continental pacífica constituye el elemento de base de un Asia pacífica. Es preciso desalentar a una China hostil de toda tentación de ser agresiva». Una vez más, el dilema queda planteado. El discurso comporta dos puntos que tienen que quitar a Pekín toda tentación de agarrarse al titubeante ramo de olivo que parece contener: uno es la seguridad de que la guerra en el Vietnam no se detendrá «hasta que cese la agresión comunista»; el otro es la insistencia en mantener la China insular, la China de Formosa. Por si hubiese dudas, a la misma hora y en otro lugar, Dean Rusk aseguraba que «la guerra será dura y larga» y que los Estados Unidos están dispuestos a «nuevos esfuerzos militares».

**P**ARA China, a juzgar por todas sus declaraciones públicas, la situación no tiene ya cambio posible: los Estados Unidos proseguirán su escalada hasta el mismo territorio chino. Más aún, advierten a la población del país que están dispuestos a resistir el ataque no sólo de Estados Unidos, sino de una coalición formada por «los imperialistas americanos, los revisionistas sovié-

Un testimonio más de la horrible tragedia del Vietnam es esta víctima inocente de los bombardeos: un niño cegado por el napalm es recogido en la jungla.





La gran amenaza sigue siendo la guerra atómica. ¿Se cierne de nuevo sobre Asia?

tics y los reaccionarios indios». Este tipo de advertencias no cesa. Es indudable que los chinos no creen en la realidad de este supuesto ataque conjunto. Es una forma de forzar a la URSS a tomar una posición más dura en el conflicto, a hacer cara a los americanos y a interrumpir sus intentos de coexistencia. La URSS había anunciado que no toleraría los bombardeos de Hanoi, y los bombardeos de Hanoi han sucedido ya. A la hora en que en todo el mundo hay manifestaciones contra la extensión de la guerra, en el momento en que hasta los aliados de Estados Unidos desaprobaban su conducta —Wilson, tímidamente; De Gaulle, con la dureza que antes ha quedado señalada—, Moscú tiene que reaccionar. El dilema que se le plantea a Moscú es complejo. No se trata solamente de entrar de lleno en una crisis mundial —que de ninguna forma desea ni le conviene, precisamente en un momento en que su largo esfuerzo de coexistencia está dando óptimos frutos en Europa—, sino porque contradice su doctrina política de después del XX Congreso y le obliga a una revisión. Se ha sostenido que la guerra no era necesariamente inevitable, y ahora parece que sí es inevitable y que no hay forma de hacer comprender a Estados Unidos que el mundo tiene todo que perder con una extensión del conflicto.

**L**A consecuencia, ya, ha sido un claro endurecimiento de la política de «mano tendida» de la URSS. Una serie de actos pequeños —como la anulación del encuentro de atletismo URSS-Estados Unidos en señal de protesta— da contrapunto a decisiones mayores, como la tomada en la conferencia de Bucarest (Pacto de Varsovia), en la que se advierte de una toma de posición militar que puede llegar al envío de voluntarios. Los editoriales en la prensa soviética son muy significativos, sobre todo si se tiene en cuenta la delicadeza con que suelen manejarse desde el poder esos editoriales que influyen de manera considerable sobre una opinión pública muy sensible. «Estrella Roja» ha señalado ya que los ataques americanos pueden «desencadenar una reacción en cadena que se propagará mucho más allá de Asia». («Estrella Roja» es órgano del Ministerio de Defensa de la Unión Soviética.) Con estos editoriales, con la publicidad dada a los acuerdos de Bucarest —los diplomáticos occidentales han sido advertidos de que la cláusula relativa al envío de voluntarios debía ser tomada «muy en serio»—, se ha creado un ambiente tenso y duro en el que se ha recibido a Indira Gandhi, portadora de un «plan de paz» para el Vietnam, y a Wilson, que va a Moscú más bien para conciliarse con el ala izquierda de su partido que con un plan concreto. Por otra parte, la carta rusa al Consejo de Seguridad —respuesta a la que entregó el americano Goldberg justificando los bombardeos de Hanoi y

Por **EDUARDO HARO TEGLEN**

Haifong— es considerablemente dura. «El hecho de que los Estados Unidos intensifiquen su campaña publicitaria a propósito de su deseo de llegar a un "arreglo pacífico" en el momento mismo en que toman nuevas medidas para extender su agresión al Vietnam, revela sus verdaderos objetivos». Acusa a Estados Unidos de «violación flagrante» de los acuerdos de Ginebra, de «extender su guerra criminal» y exigen «que cese la agresión americana y su intervención en los asuntos interiores del pueblo vietnamita»; en consecuencia, devuelven, por inaceptable, la carta de Goldberg.

**T**ENEMOS en las manos todos los puntos de una crisis internacional clásica, pero modificada con algunos factores nuevos. Los elementos clásicos son un centro de combate —Vietnam, como antes fue Corea—, una separación hostil de los dos bloques y una tensión de retroceso en la opinión pública mundial. El elemento nuevo es la división entre cada uno de los bloques, que esta vez va en sentido contrario al de Estados Unidos: es decir, mientras el aumento de presión tenderá a solidarizar a la URSS con China, provocará al mismo tiempo mayores desgajamientos en el campo occidental. Otro elemento es la ruptura interior en los Estados Unidos, cada vez más latente y que no se reduce ya a los intelectuales ni a los afectados por la llamada a filas, sino que preocupa a los economistas. La guerra de Vietnam está costando ahora veinte mil millones de dólares al año. Emmet John Hughes, en «Newsweek» —11 de julio—, explica lo que supone esa cantidad para el país: «Podría, cada mes, financiar el plan completo de siete años de formación de 70.000 científicos; podría, cada mes, duplicar los recursos de la Agencia de Desarrollo Internacional para un año completo de programa económico en 38 países; podría, cada mes, crear tres fundaciones Rockefeller; podría, cada mes, pagar el coste anual completo de la Policía local y de Estado en cada uno de los cincuenta Estados del país; podría, cada año, aumentar en un diez por ciento el salario de todos los maestros del país; podría, cada año, duplicar los beneficios de seguridad que se abonan a veinte millones de americanos...». Por otra parte, esta es la primera vez que la opinión pública mundial culpa de la situación a Estados Unidos. Hasta ahora, en todas las crisis, la culpa había pesado sobre la URSS...

**T**ENEMOS todos estos elementos en la mano. No sabemos, sin embargo, hacia dónde se van a disparar. Muchos creen que el próximo paso es el bombardeo de China. Muchos estiman que la urgencia con que Johnson ha llamado al primer ministro de Australia, que se encontraba en Londres —y que había estado en Washington diez días antes—, es para informarle —puesto que es su único aliado firme en el Pacífico, y ha enviado tropas a combatir al Vietnam— del alcance de ese próximo paso.

Otros comentaristas, en cambio, se sostienen en la idea de que «no pasará nada» porque todo está pasando ya. Uno de ellos —el más calificado, por su sabiduría política— es el profesor Maurice Duverger, para quien la situación histórica de los Estados Unidos es muy equivalente a la de Francia de hace unos años. Escribe el profesor —en «Le Monde», de París— que Estados Unidos tiene que pasar por la frustración del Vietnam como Francia pasó por la de Indochina; pero que la amargura francesa fue inmediatamente seguida por otra aún mayor, la de Argelia, y la de los Estados Unidos será seguida por una situación equivalente en Hispanoamérica... Sin embargo, las situaciones no son equivalentes. Francia tuvo que retirarse desalentada, sin fuerzas militares válidas. Estados Unidos es la primera potencia militar del mundo. Su frustración no será tan fácil. La tentación del sansonismo existe siempre.